

n.º 18

MARIA LAI
*HACERNOS
SENTIR MÁS
UNIDOS*

18.11.2023—27.01.2024

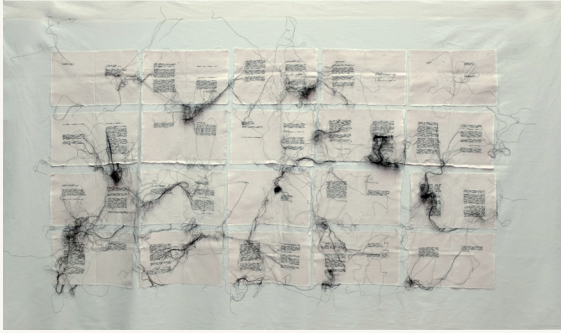
Obras / Works

Cartel “Biennale di Venezia 1978”, 1978; Sin título, 1981; Seme, 1983; Sin título, 1984; Un pezzo di luna, 1989; Sin título, 1991; Sin título, 1992; Mondo incandescente, 1995; Sin título, 1995; Ca’ di Janas, 1996; Lenzuolo, 1996; Cartiglio, 1999; Sin título, 2002; Non ho l’eta #1, 2009; Non ho l’eta #2, 2009; Sin título, 2010; Non ho l’eta #3, 2011

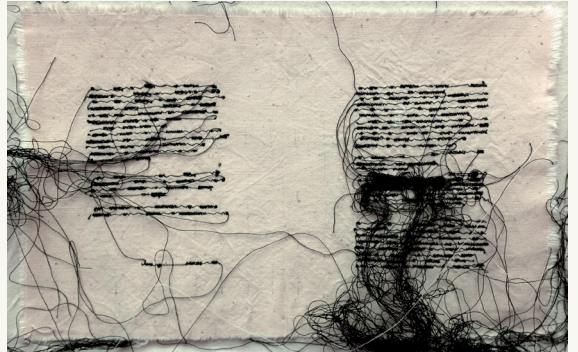
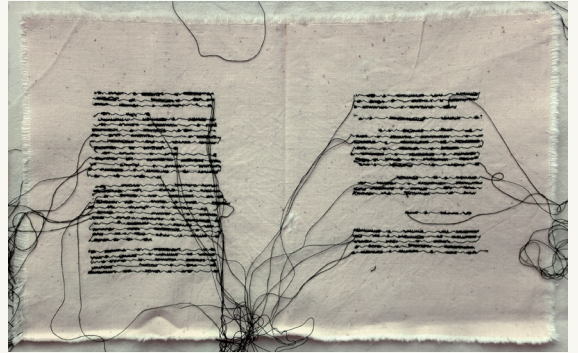
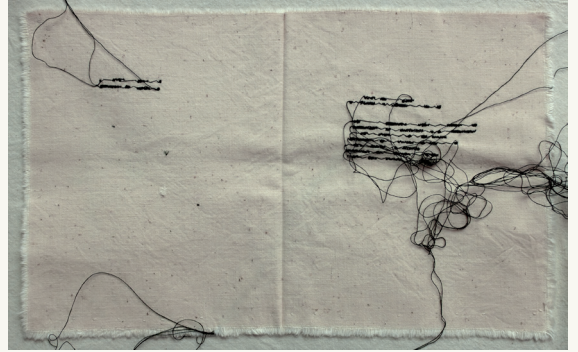
Comisario / Curated by
Mira Bernabeu

Texto / Text by
Maria Sofia Pisu
(Presidenta Archivo Maria Lai)

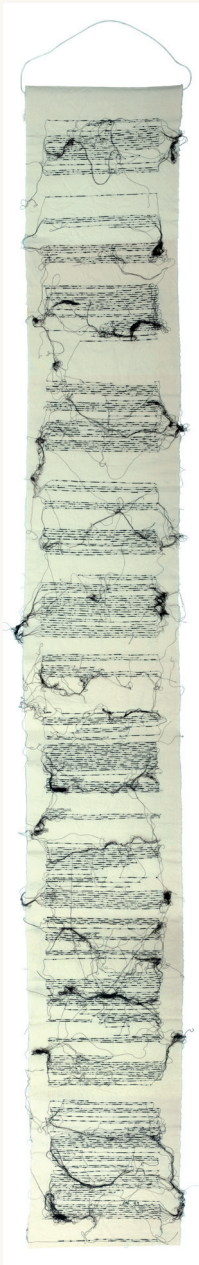
1MM



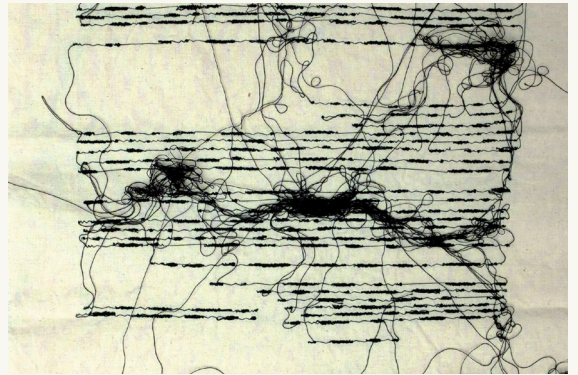
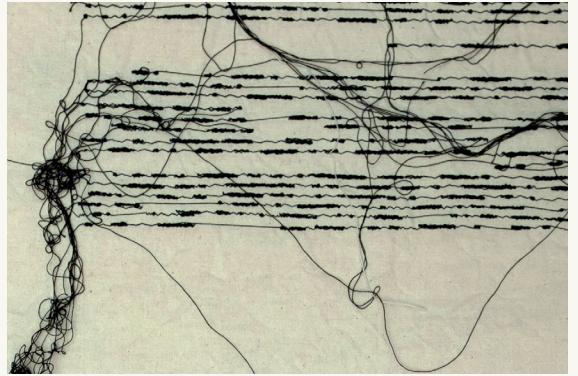
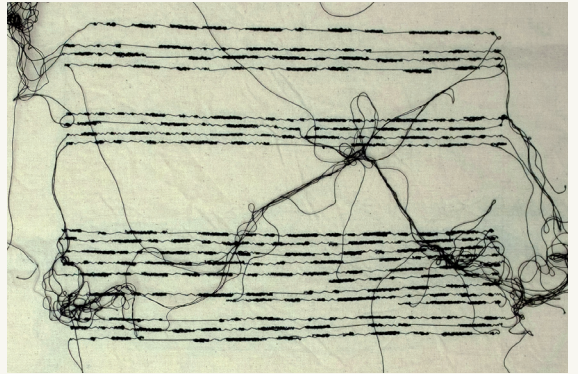
Lenzuolo, 1996



Lenzuolo, 1996
(Detalles / details)



Cartiglio, 1999



Cartiglio, 1999
(Detalles / details)

Maria Sofia Pisu

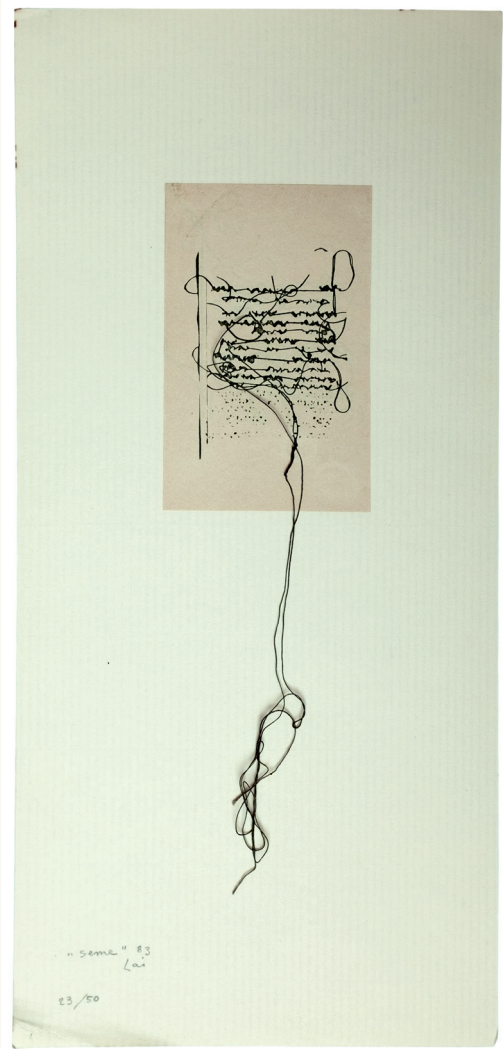
HACERNOS SENTIR MÁS UNIDOS

«Esto es lo que debería conseguir el arte:
hacernos sentir más unidos. Sin ello, no somos
seres humanos». (Maria Lai 1981)

Transcurridos ya diez años desde que cerró sus ojos, hoy, intentando escribir sobre ella, me doy cuenta de que busco un hilo conductor que una su vasta producción, su experimentación con materiales diversos, la investigación filosófica y poética que acompañó a su discurso sobre el arte. De los aproximadamente diez temas más frecuentes en la obra de Maria Lai, uno en particular está siempre presente: el viaje.

Si pienso en Maria niña (y en lo que de ella contaba mi madre Giuliana, su hermana), la imagino sensata, propensa a la soledad, junto a los tíos a los que les fue confiada y que la acogieron con amor. Creció alternando hogares distantes entre sí, en Jerzu, Cagliari y Cardedu, donde residían los tíos que la acompañaban a menudo a Ulassai, la casa de sus padres. Asimiló, como todos nosotros, isleños, el sentimiento de frontera y la intuición de un espacio infinito superior. El horizonte que nos rodea y la línea de las montañas y el mar representan el límite y la libertad.

De entre sus primeros trabajos, los que con más frecuencia se muestran en exposiciones antológicas son los dibujos a lápiz, los primeros que realizó en la década de los cuarenta: figuras humanas, campesinos, pastores, pescadores, mujeres lavando en el río, vendimiadores... También todas las fases de la elaboración del pan, los telares, las jarras, el carro. Ejerció la mano trazando en líneas esenciales cuanto la rodeaba, en el campo: la misma figura, el mismo comportamiento repetido cientos de veces hasta convertirse en línea continua. Pocas de sus líneas direccionales sugieren movimiento. Es así como representaba, no al individuo único, reconocible por su apariencia, sino el trabajo que, con la misma dedicación y esfuerzo, se repite de generación en generación desde tiempos inmemoriales. En 1956 regresó a Roma, esta vez no para estudiar, sino para quedarse, para vivir en una ciudad donde la vida artística del *dopoguerra* se enriquecía con nuevas visiones, nuevos materiales, nuevas técnicas expresivas.



Seme, 1983

En los años siguientes, su producción artística estallaría en nuevas visiones y soluciones, en telares convertidos en escultura. Su viaje continúa, y comienza a singularizar las metáforas de su trabajo. Hechos a base de maderas, paja, clavos, lana y objetos de plástico de desecho, que se agregan a las tradicionales telas de la pintura, fundiéndose con ellas, los telares hablan de una nueva contemporaneidad: la de un instrumento antiguo que, descomponiéndose y recomponiéndose, teje unas superficies rítmicas que dejan la trama y la urdimbre libres al lector. Surgen, por primera vez, el hilo y su materialidad. Aunque, a decir verdad, el hilo estaba ya presente en las líneas abiertas y direccionales de sus dibujos y en los grabados matéricos de los vinilos, arañados en búsqueda de ritmo y volumen.

Como todas las mujeres de nuestra familia, Maria siempre fue una excelente tejedora. Tenía montada en su habitación su máquina de coser eléctrica. Confeccionaba —principalmente para sus familiares, sobrinos y amigos— una ropa caprichosa, con añadidos de tejidos de consistencia diversa, de color y de luz, muñecas, bolsitos... Era una caja de sorpresas. La riqueza y variedad de las telas, su calidez al tacto, dieron origen a nuevos experimentos. Son los años de las *tele cucite* (telas cosidas), que se muestran junto a los telares por ser hijas de la misma metáfora. El telar genera el tejido. Unos tejidos que van componiéndose, juntándose, cosiéndose, soldándose como se componen, juntan, cosen y sueldan las distintas existencias dentro de cada vida. El telar es emblema del acto de tejer. Una vez hiladas, trama y urdimbre se entrecruzan respondiendo a un proyecto hecho de rigor y fantasía. Los telares de Maria nos invitan a sentirnos trama y urdimbre de un proyecto universal al que podemos aproximarnos escalando por esos hilos sueltos y deteniéndonos en los dolientes nudos.

A finales de los años setenta y principios de los ochenta nacen otras obras sobre tela que, de manera más explícita, hablan de un diálogo con el universo: son las geografías, unos grandes mapas estelares que sugieren investigación astronómica, cálculos matemáticos, estudios de equilibrio y rotación. Es el inicio de otro viaje, unos recorridos de conocimiento anhelado, un impulso hacia otros mundos, otras realidades.

Es la eterna inquietud del ser humano que se niega a sentirse solo en la infinita rotación de los planetas; es un deseo de diálogo que, desde lo más profundo de nuestro ser, reclamamos a los astros.

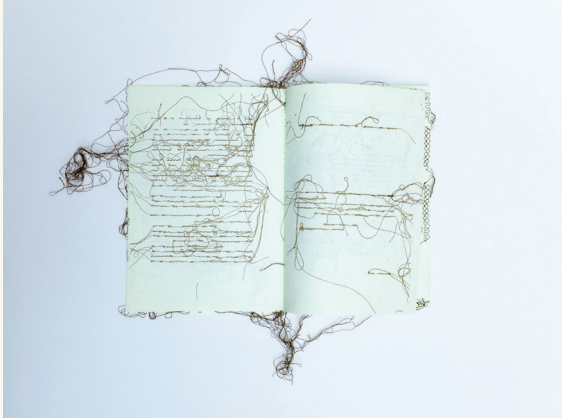
Los primeros *Libri cuciti* (Libros cosidos) y los *Libri a scalpo* (Libros descosidos) se remontan a los años setenta. Los primeros se realizan sobre papel; los segundos, todos de tela, están repletos de una escritura indescifrable cuyos enmarañados hilos se ofrecen a nuestras manos en pesadas madejas, como si recorrerlos físicamente pudiese acercarnos a la comprensión del texto. Buscamos entre las páginas las frases rotas, borradas, las que no han sido escritas, páginas de nuestra existencia más íntima. Sostenemos los hilos entre los dedos como si pudieran huir y fuesen la única vía de acceso a un mensaje, una revelación, un secreto. Regresa aquí, una vez más, el tema del viaje: ¿acaso no es cada lectura un viaje que conduce a otro, la entrada a una nueva historia y el descubrimiento de un camino dentro de nosotros mismos? Las páginas de los libros de Maria se posan en las sábanas. ¿No es la sábana el contenedor de nuestros sueños y, más aún, de todos nuestros pensamientos, proyectos y preocupaciones nocturnas? ¿Cuántas cartas habremos escrito envueltos en la noche, mensajes olvidados al amanecer y nunca enviados? Las escrituras de Maria encontraron su lugar en las piedras de terracotta como huellas lejanas, olvidadas, documentos fiados al río o a los acantilados. Nos reencontramos con las *Crittire cucite* (Escrituras cosidas) en las *Lavagne* (Pizarras), que remiten a las pizarras escolares, pero elaboradas aquí con un terciopelo negro, liso, impregnado de sueños aún visibles o parcialmente desaparecidos. ¿Quién de nosotros no ha probado a evadirse de sí mismo en el silencio absoluto de una pizarra vacía? Estas superficies de un negro profundo contienen en ocasiones rastros de fórmulas algébricas, de figuras geométricas que evocan signos conocidos, de teoremas acompañados de breves explicaciones orientativas. Pero las Pizarras más significativas son aquellas que muestran únicamente la costura cuadrículada, vacía.

La última producción de la artista, creada a finales de los años noventa y en la primera década del siglo, ya en edad avanzada, abarca, en un único discurso, telares, escrituras, pizarras y geografías, todas ellas atravesadas por esa idea del viaje que trasciende el tiempo de una única vida humana. Aunque cada obra tiene su título, a estas últimas piezas nosotros las llamábamos «telares-geografías». Maria no contemplaba el arte como privilegio de unos elegidos, mucho menos como algo reservado a una minoría de intelectuales. A lo largo

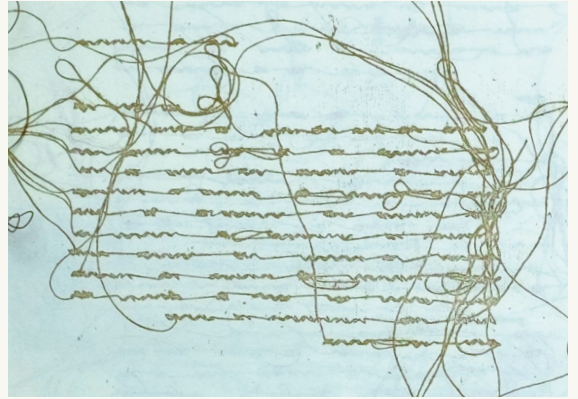
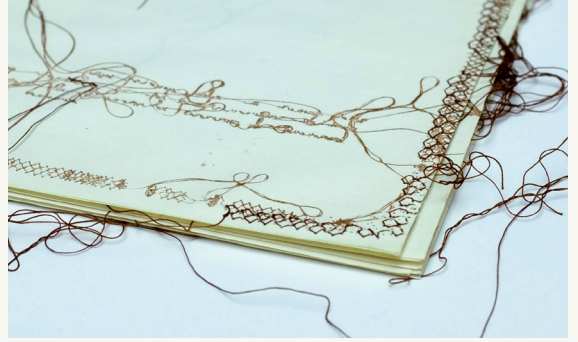
de su vida se preocupó de abrir su arte a cuantos se acercaban a ella con curiosidad, fuesen niños o adultos. Su obsesión por generar diálogos sobre el arte se plasmó en muchas obras de carácter didáctico que, en su propia poesía, se abrían a consideraciones morales y filosóficas con las que estimular preguntas y respuestas sobre el significado de la vida. Dentro de esta última producción se cuentan sus fábulas cosidas, *I luoghi dell'arte a portata di mano* (El juego de cartas) o *Il volo del gioco dell'oca* (El juego de la oca), sin olvidar sus pesebres. Pero hay una obra que Maria consideraba «su obra», la que la hacía feliz y por la que había valido la pena tanta búsqueda y tanto trabajo. Hablamos de *Legarsi alla montagna* (Atarse a la montaña), una obra relacional que mantiene hoy toda su vigencia. En la exposición aparece documentada en una fotografía en blanco y negro de Piero Berengo Gardin, sobre la que Maria intervino coloreando de azul la cinta que unía de casa en casa su pueblo de Ulassai. Estamos en 1981, Maria ve cumplido su sueño de implicar a todos los habitantes de este pequeño pueblo de Cerdeña en la realización de una obra coral, considerada por muchos críticos de arte no solo su obra maestra, sino también la primera obra relacional creada en Italia, diferente, por múltiples razones, de las realizadas hasta ese momento en todo el mundo.

Inspirándose en una antigua leyenda que evoca un terrible desprendimiento acaecido 150 años atrás, Maria indujo a un grupo de personas a desarrollar y unir a través de ventanas, balcones y puertas todas las casas del pueblo con una larguísima cinta azul que, tras haber sido tejida por los habitantes, unos escaladores trasladaron a la cima de la cercana montaña, hasta la piedra más alta, para pedir paz a aquellas piedras, para reconocer la identidad propia en aquella naturaleza majestuosa y áspera. El mío no es más que un discurso breve, que se limita a recuerdos, sensaciones e imágenes inextricablemente unidas a las emociones de una vida transcurrida al lado de Maria, con el que he intentado acompañar una exposición que habla de poesía, humanidad, espiritualidad y rigor.





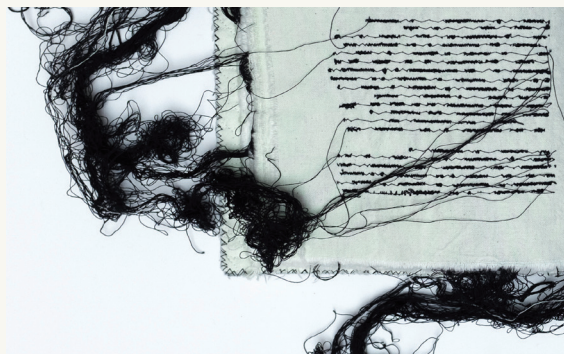
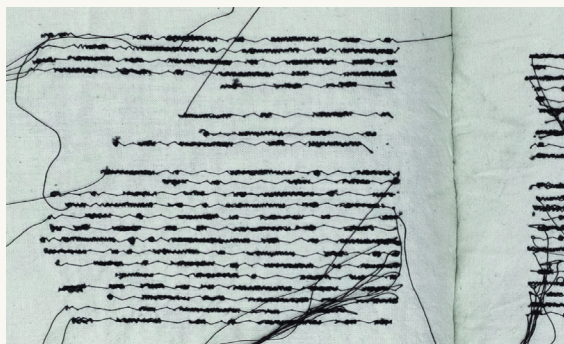
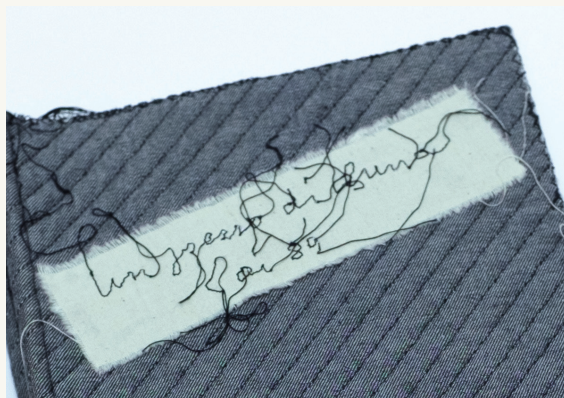
Sin título, 1981



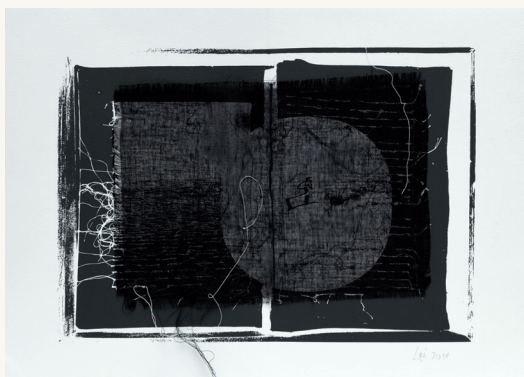
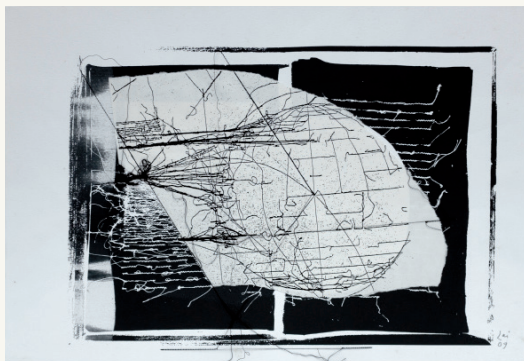
Sin título, 1981
(Detalles / details)



Un pezzo di luna, 1989



Un pezzo di luna, 1989
(Detailles / details)



Non ho l'età #1, 2009
Non ho l'età #3, 2011



Mondo incandescente, 1995
Sin título, 1992

Maria Sofia Pisu

MAKE US FEEL CLOSER TO EACH OTHER

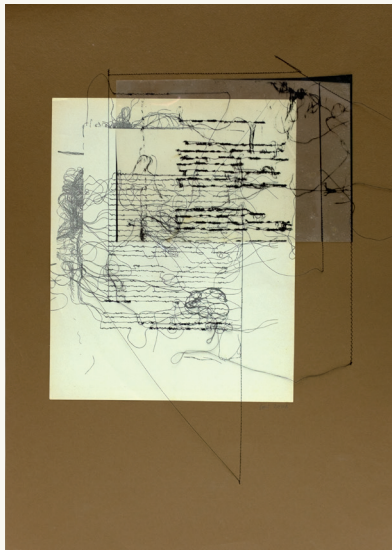
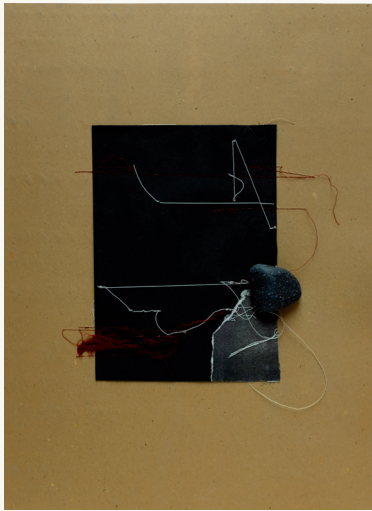
“That is what art should do: make us feel closer to each other. Without it, we are not human.”

(Maria Lai, 1981)

Now ten years since she passed away, today, as I try to write about her, I realize that I am searching for the common thread that runs through her vast production, her experimentation with different materials, the philosophical and poetic research that was consubstantial to her discourse on art. Of the roughly ten or so core themes in Maria Lai's work, one is particularly recurrent: the journey.

If I think of Maria as a young girl (and what my mother Giuliana, her sister, told me about her), I imagine her as a sensible child, inclined to solitude, living with the aunt and the uncle to whom she was entrusted and who welcomed her with all their heart. She grew up moving about between different places, far from one another: in Jerzu, Cagliari and Cardedu, where her aunt and uncle lived, who took her often to her parents' home in Ulassai. Like all islanders, she internalized a feeling of boundedness and the intuition of a superior infinite space. The horizon that surrounds us and the line of the mountains and the sea represent limits and freedom.

From among her early works, the ones most frequently exhibited in survey shows, are her pencil drawings dating from the 1940s: human figures, peasant farmers, shepherds, fishermen, women washing clothes in the river, grape pickers ... And also all the phases of making bread, weaving, pottery, carts. In the countryside, she drew whatever she came across in essential lines, the same figure, the same manner, repeated countless times until managing to turn it into a continuous line. Few of her directional lines suggest movement. This is how she represented, not the unique individual recognizable by their appearance, but the work that was repeated from generation to generation since time immemorial with the same dedication and effort. In 1956 she returned to Rome, this time not to study, but to settle there, to live in a city where the artistic life of the dopoguerra was enriched with new visions, new materials, new expressive techniques.



Sin título, 1984
Sin título, 2002

In the following years, her artistic production would burgeon in new visions and solutions, in looms turned into sculptures. Her travels continue and the metaphors in her work begin to take shape. Made from wood, straw, nails, wool and discarded plastic objects which were added to conventional painting canvases, becoming one with them, her Looms speak of a new contemporaneity: of an ancient instrument that, now deconstructed and re-composed, weaves rhythmic surfaces that leave the weft and the warp open to the beholder. The thread and its materiality make their appearance for the first time. Although, to be truthful, the thread was already present in the open directional lines of her drawings and in her matter-based prints on vinyl, scratched in search of rhythm and volume.

Like all the women in our family, Maria was always an excellent weaver. She even had an electric sewing machine in her bedroom. She made clothes, mainly for family and friends, idiosyncratic garments using patches of fabrics with different textures, colour and light, as well as dolls and bags... She was a box of surprises. The wealth and variety of the cloths, the warmth of their touch, gave rise to new experiments. These are the years of her *Tele cucite* (Sewn fabrics), which are exhibited alongside her Looms, as offspring of the same metaphor. The loom produces the fabric. Fabrics that are composed, joined, sewn, welded just as the different existences within each life are composed, joined, sewn and welded. The loom is the emblem of the act of weaving. Once threaded, the weft and warp crisscross, responding to a project based on rigour and fantasy. Maria's Looms invite us to identify with the weft and warp of a universal project we can engage with, climbing up those loose threads and stopping at the painful knots.

Other works with fabric came into being in the late-seventies and early-eighties, which speak in a much more explicit fashion of a dialogue with the universe: these are her Geographies, large astral maps that evoke astronomical research, mathematical calculations, studies of balance and rotation. This is the beginning of another journey, paths toward longed-for knowledge, an impulse towards other worlds, other realities.

It is the eternal restlessness of the human being who refuses to believe they are alone in the infinite rotation of the planets; it is a desire for dialogue with the stars that we call for from the depths of our being.

The first *Libri cuciti* (Sewn books) and *Libri scalpo* (Scalped books) date back to the 1970s. She made the former on paper while the latter, all with fabric, are full of indecipherable writing whose tangled threads are offered to us in heavy skeins, as if physically exploring them we could somehow get closer to understanding the text. Among the pages we come across truncated sentences and erased sentences that have never been written, pages of our innermost existence. We hold the threads in our hands as if they might escape and were the only way of gaining access to a message, a revelation, a secret. And here we return, once again, to the theme of the journey: After all, is every reading not a journey that leads to another, the opening of a new story and the discovery of a path within ourselves? The pages of Maria's books lie on sheets. Is the sheet not a container of our dreams and, furthermore, of all our night-time thoughts, projects and anxieties? How many letters have we written under cover of the night, messages that are forgotten on awakening and never sent?

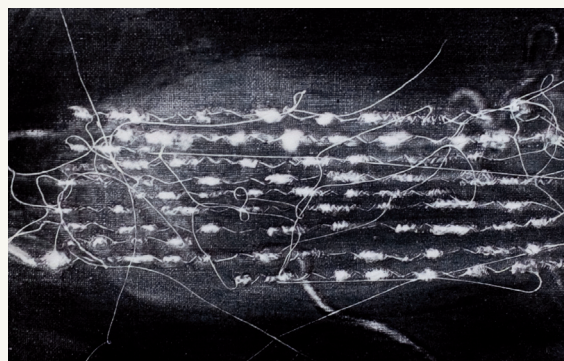
Maria's writings find a place in terracotta stones like forgotten faraway prints, documents entrusted to the river or the cliffs. We come across her *Scrittura cucite* (Sewn writings) in *Lavagne* (Blackboards), that speak of the classrooms of childhood, but hers are made with smooth black velvet impregnated with still visible or partially erased dreams. Which of us has not tried to escape from ourselves in the absolute silence of an empty blackboard? These surfaces of deepest black often contain traces of algebraic formulas, geometric figures that evoke known signs, of theorems accompanied by brief explanatory notes. But the most significant lavagne are those that only show the empty square seam.

The artist's final production, created in the late-nineties and the early-2000s, when she was already elderly, embrace, in one single discourse, her looms, writings, blackboards and geographies, all of them cut across by this idea of the journey that transcends the time of an individual human life. And although each work has its own title, we call these final pieces "looms-geographies." Maria did not look on art as the privilege of a chosen few, and much less the reserve of a small circle of intellectuals. Throughout her life she was concerned with opening her art to whoever engaged with it with curiosity, whether children or adults. Her obsession with engendering dialogues on art was

rendered in many didactic works whose poetry opened them up to moral and philosophical considerations that would stimulate questions and answers on the meaning of life. Her final works include her Sewn fables, card games (*I luoghi dell'arte a portata di mano*) and the game of the goose (*Il volo del gioco dell'oca*), without forgetting her mangers.

But there is one particular work that Maria looked on as “her work”, that made her happy and which made so much searching and so much work worthwhile. We are talking about *Legarsi alla montagna* (Binding oneself to the mountain), a relational work that still retains all its force today. In the exhibition it is documented in a black and white photo by Piero Berengo Gardin, on which Maria intervened colouring in blue the ribbon that joined together all the houses in her village of Ulassai. The year was 1981, and Maria fulfilled her dream of involving all the inhabitants of this little village in Sardinia in the making of a choral artwork, considered by many art critics to be not just a masterpiece but also the first relational artwork created in Italy, different, for many reasons, from those made until then in the rest of the world.

Inspired by old stories about a terrible landslide 150 years earlier, Maria convinced a group of people to make a long blue ribbon, woven by the people themselves, that would wind through windows, balconies and doors tying together all the houses in the village, which some climbers then stretched up to the top of the nearby mountain, to the tallest rock, to ask those stones for peace, to recognize their own identity in that majestic and rugged nature. Mine is no more than a brief discourse, limited to memories, sensations and images inextricably bound to the emotions of a life lived side by side with Maria, with which I have endeavoured to accompany an exhibition that speaks of poetry, humanity, spirituality and rigour.



1 MIRA MADRID 1MM
ARGUMOSA 16, BAJO DCHA., 28012 MADRID, SPAIN
TEL. +34 912 40 05 04 — INFO@1MIRAMADRID.COM
1MIRAMADRID.COM